

PRÓLOGO

En parte de mis investigaciones previas he venido ocupándome de la problemática de la conformación y el desarrollo de la conciencia colectiva desde una perspectiva histórica, pero en todos los casos me he centrado en el siglo XX. Este libro constituye una excepción en lo que se refiere a su ubicación cronológica, mas no en lo que se refiere a su objetivo, que también se centra en la problemática de la conciencia social, o sea en aquélla propia de un grupo social determinado o de una sociedad en general. La razón de la elección de la temática de la conquista del imperio azteca, aparte de su apasionante atracción desde innumerables puntos de vista, reside en que en la misma nos encontramos ante una confrontación de dos civilizaciones disímiles, caracterizadas por una conciencia colectiva muy diferente la una de la otra, lo que implica un contraste que alumbra y resalta con mayor nitidez tanto la conciencia propia de cada uno de ellos como la relevancia de tal diferencia para el desarrollo y el resultado de la confrontación. Es en este sentido preciso y específico que presentamos este libro, puesto que la historiografía, tanto del imperio azteca como de la conquista del mismo, ha llegado en nuestros días a logros excelentes y verdaderamente admirables, gracias a la labor erudita y constante de no pocos historiadores mexicanos y de otros países, y no solamente historiadores, sino asimismo arqueólogos, etnólogos, antropólogos, lingüistas, etc.

En el libro mismo no se expondrán, explícitamente, los fundamentos teóricos del mismo, y por ello apuntaremos, en este breve prólogo discursivo, a algunos de los aspectos que se encuentran implícitos en el mismo.

Desde el punto de vista de lo que consideramos como conciencia social, es posible distinguir, en lo «estructural», cinco ámbitos definidos: los contenidos cognitivos, el mundo conceptual, el de los valores, el emotivo y el terminológico, incluso en éste último todo lo simbólico. Las comillas de «estructural» nos recuerdan que se trata de una diferenciación analítica, puesto que, en realidad, los diferentes ámbitos mencionados se encuentran implícitos los unos en los otros; y amén de ello tal estructura se encuentra atravesada por los ejes de la ubicación, significación e identificación del «otro» y de la autoidentificación de uno mismo en un único acto de ejecutividad identitaria.

Los contenidos cognitivos del mundo de los aztecas y de los europeos eran, evidentemente, muy diferentes, aun previamente a toda conceptualización. Esto se hace patente, por ejemplo, en el ámbito geográfico. El mundo de los aztecas tenía unos límites más o menos claros, limitados por el grado de su desarrollo tecnológico y por sus posibilidades de comunicación y de transporte terrestre y marítimo en función del mismo. El modo en que conceptualizaban ese ámbito geográfico es otra cuestión, pero lo que conceptualizaban geográficamente, inclusive en medio de su visión cosmo-mítica, estaba ahí, con sus límites más o menos precisos de lo que hoy conocemos como Mesoamérica. Los aztecas no se habían topado ni con otros continentes ni con otras civilizaciones. El mundo era su mundo.

En lo que se refiere a los españoles, el mundo de los contenidos cognitivos al que se refería su conocimiento geográfico era mucho más amplio, incluía tres continentes y diversas civilizaciones, y se encontraba en constante expansión; era un mundo abierto, un incentivo constante al descubrimiento, y la carabela era, quizás, su símbolo más acertado. Los españoles siempre iban encontrándose ante una nueva frontera, siempre más allá de sí mismos, pero con toda su profundidad geográfica tras de sí, y con su imperio español, en Europa y en el Caribe, como constante base de aprovisionamiento y de nuevos refuerzos.

En este contexto, los aztecas no podían saber de dónde venían estos extraños intrusos, y en medio de su limitado mundo geográfico se abría ante ellos el espacio de la especulación: ¿de lugares lejanos, desconocidos?, ¿quizás de un mundo que no era el suyo?, ¿de los cielos?, y para ellos no se trataba de frontera alguna, sino de un encuentro y una confrontación que se daban en su mismo espacio imperial,

que intentaban defender, mantener y perpetuar. Era el quinto sol lo que estaba en juego. Y claro que la diferencia entre los meros contenidos cognitivos se hace también patente en el mundo de la técnica, de los andamios e instrumentos que armaban y sostenían a ambos mundos y, muy especialmente, el de los medios de transporte y el de las armas. Los barcos, los cañones, los caballos, las escopetas, que eran parte constitutiva del mundo cognitivo cotidiano de los españoles, se convirtieron en un principio para los aztecas, y para el resto de los pueblos de la región, en una estremecedora y aterradorante novedad, que exigía imperativa y urgentemente su conceptualización, y conmovía profundamente su mundo emotivo; algo absolutamente desconocido hasta ese entonces. Para comprender estas nuevas y sorprendidas apariciones debían conceptualizarlas de la única forma posible, o sea ubicándolas y significándolas en su propio horizonte conceptual, al igual que a esos intrusos blancos, con barbas, a veces con una piel o unos vestidos metálicos, y a veces mitad hombres mitad monstruos cabalgantes.

También los españoles se encontraron con enormes novedades, pero todas ellas les resultaban dables de comprender, sin que tomaran la forma de una incomprensible disonancia cognitiva. Y es que eran ellos mismos los que iban en pos de los descubrimientos, basándose en los informes que habían sido recolectados previamente por otras expediciones. Habían salido al descubrimiento de otra civilización, de otro gran imperio, de otro lugar en el que abundaban el oro y los tesoros. Y esto del «otro», que aquí acentuamos, viene a hacer patente que no eran sino un tipo de fenómenos con los que ya se habían topado previamente (en Asia, en la misma España, musulmanes y judíos, en África, en las Canarias los guanches y, recientemente, en las islas del Caribe), y que poblaban las páginas de los escritos de Marco Polo y otros tantos, y que por ello eran dables de integrar en su mundo conceptual, por más que los aztecas y los otros pueblos indígenas de la región fueran tan diferentes y peculiares, y por más que no se comprendiera el significado de su lengua, de su cultura y de su comportamiento, y se les interpretara equivocadamente. Y es que lo diferente, lo peculiar y lo novedoso, en tanto tales, eran parte integral del mundo en expansión de los descubridores y los conquistadores, aunque su conceptualización y su valorización pudieran tomar, en medio de la confrontación, las formas más diversas, a veces concilia-

torias, a veces las más denigrantes. No es que no existieran, entre los españoles, las leyendas y los mitos sobre las criaturas que poblaban el Nuevo Mundo, pero al toparse con los indígenas su conceptualización y comprensión podían también sustentarse en un amplio ámbito de referencia a su previa experiencia histórica de encuentros y confrontaciones con otras civilizaciones, novedosas en su momento. La primera vez que vieron los templos de los mayas, por ejemplo, los llamaron «mezquitas», y cuando vieron cómo los sacerdotes se mortificaban haciendo sangrar su pene, consideraron que en las cercanías debería haber moros y judíos. Equivocados, sí, pero en el ámbito de la referencia a su experiencia histórica. Y allí estaban también sus casi treinta años en las islas del Caribe y en Tierra Firme, y sus progresivos contactos con los pueblos con los que se fueron topando, negociando, luchando, hasta llegar a Tenochtitlan. Para los pueblos que integraban el imperio azteca, en cambio, las opciones de referencia significativa ante la llegada de los españoles incluían, necesaria y ampliamente, el ámbito de las especulaciones mitológicas, aunque sin que ello implicara necesariamente tal o cual conclusión.

La conceptualización de los nuevos contenidos cognitivos con que se toparon los indios se fue dando en medio de las coordenadas emotivas del asombro, el temor y la incertidumbre. Las balas surcando los aires, el trueno y los relámpagos de los cañones, los caballos y sus jinetes, ¿monstruos?, ¿centauros?, por decirlo con un término tomado de los españoles, los barcos o montañas flotantes, todos ellos debían ser conceptualizados, ubicándoseles y significándoseles en medio de su horizonte mítico. Y antes de preguntarse cómo reaccionar, era necesario saber de qué se trataba.

¿Extraños y potentes invasores provenientes de tierras desconocidas? ¿Descendientes desconocidos de previos señores de la región? ¿Figuras legendarias? ¿Criaturas sobrehumanas de tal o cual modo, que llegaban, volvían, bajaban, acorde con sus propias creencias o, por lo menos, coherentemente con lo que las mismas permitían suponer y explicar?

¿No eran todas estas dudas e incertidumbres plausibles, «naturales», propias del mundo conceptual de estos pueblos, de su cultura y de su raciocinio mítico? ¿Por qué, junto a lo que parecería ser el justificado rechazo de tales o cuales versiones historiográficas específicas (la vuelta de Quetzalcóatl y su identificación con Cortés), eliminar

también tales opciones de forma general, imponiendo de hecho nuestra incredulidad y nuestra lógica a partir de nuestro presente horizonte discursivo?

No es nada sorprendente, todo lo contrario, el que tales posibilidades se abrieran ante los aztecas, acorde con su razón mítica, como una de las posibles opciones significativas de estos fenómenos, y lo menos que podemos aceptar es su asombro e incertidumbre. Del mismo modo no faltaron españoles, en una asimetría escalofriante, que conceptualizaron a los indios y a su cultura como satánicos y diabólicos. Al ir topándose con las diversas manifestaciones de la cultura de los pueblos que denominarían «indios» (otro ejemplo de lo imprescindible de la diferenciación analítica entre contenidos cognitivos, conceptualización y terminología), se decidieron por su conceptualización en términos civilizatorios («bárbaros») o, a veces (principalmente después de la conquista) también satánicos, y a partir de la misma también se darían los posteriores intentos etnocidas de borrar todo rastro de la cultura indígena. Si esto se dio entre los cristianos, ¿por qué no tomar en consideración las posibles especulaciones de los aztecas en medio de su horizonte mítico? Y además, ¿por qué no tomar en cuenta la casi ineludible heterogeneidad de tales especulaciones, acorde con tal o cual fase del proceso de la conquista, con los diversos pueblos indígenas, con los grupos dominantes o con otros componentes del complejo social, y con el pueblo en general?

Aunque, por cierto, el modo en que se dio la conceptualización mutua en ambos bandos fue muy diferente. La barbarización y/o la posterior satanización ideológica de los indios se irían dando a la par del comienzo de la construcción social y mental del mundo colonial, lo que conllevaba un renovado incentivo para la conquista, el dominio y la supeditación de las poblaciones indígenas, a la par que hacían posible su legitimación. El regateo de la categoría humana de los indios, de tal o cual forma, reducía el ámbito de relevancia de los valores éticos y religiosos de los conquistadores, que hacía posible, de tal modo, llevar a cabo los hechos más escandalosos para la conciencia cristiana sin tener que renunciar a sus valores éticos y religiosos, en otras palabras, sin poner en entredicho su propia identidad colectiva. Aunque todo esto sería sumamente complejo, puesto que por encima de las Indias y de Tierra Firme planeaba constantemente el imperativo de la evangelización, y los Reyes Católicos no dejaban de ordenar

constantemente el buen trato para los indios, a quienes reconocían como súbditos libres de la Corona. O sea, que si los indios se encontraron con una patente disonancia cognitiva, los españoles caribeños, o por lo menos una parte de ellos, debieron confrontar una no menos patente disonancia ética, entre la dimensión ética y religiosa que definía su misión y su identidad colectiva, por un lado, y su cotidiano comportamiento inhumano hacia los indios en medio de la conquista y la explotación colonial, por otro.

Para los aztecas y los otros pueblos de su imperio también se trató, en un primer momento y entre otras opciones, de la posible divinidad de los recién llegados, o del otorgamiento a los mismos de tal o cual carácter sobrenatural en función de su integración en el horizonte mítico propio de su civilización. Pero tal opción conceptual solamente posibilitó la apertura del abanico de la incertidumbre y la indecisión, conceptual y estratégicas por igual. Un abanico que desplegaba ante ellos una compleja gama de opciones operativas, desde la sumisión, los pactos y el vasallaje, a la misma confrontación bélica. Y es que inclusive la prueba del posible carácter sobrehumano de los intrusos, por ejemplo, bien podía pasar por la verificación de su inmortalidad o de su ser invencibles, lo que podía convertirse en un incentivo bélico para cerciorarse de ello o rechazar tal opción, como sucedió por lo general. Y todo esto se complica mucho más si recordamos a los pueblos indígenas que ya desde el primer momento salieron a combatir a los españoles sin tenerlos por seres sobrenaturales, muy posiblemente en función de las noticias que les habían llegado previamente sobre los mismos, o por el hecho de haber tomado prisioneros a algunos españoles cuyo barco había naufragado anteriormente. En fin, aunque aspiramos a centrarnos en la problemática de la conciencia social, no hay alternativa alguna para la narrativa histórica que va entretejiendo los diversos hilos de esta compleja epopeya histórica a la par que va dibujando el perfil de sus protagonistas.

En lo que se refiere al proceso histórico en el que se va dando la configuración de la conciencia social, de tal o cual tipo, preponderantemente (nunca exclusivamente) mítica en los aztecas o pragmática en los españoles, consideramos que es dable apuntar a cinco factores fundamentales que inciden en tal configuración y que también deben ser tomados en cuenta al abarcar la problemática de la caracterización de la conciencia social de aztecas y españoles por igual:

- a) La tradición cultural, aunque siempre interpretada-significada desde el presente en tal o cual forma y, paralelamente, las instituciones sociales, culturales y educativas.
- b) El poder político, que en todas sus modalidades incide, de tal o cual forma, en la conformación de la conciencia social.
- c) El acontecer de la vida cotidiana.
- d) La trascendencia y la dinámica de las diversas estructuras tecnológicas, económicas y sociales.
- e) La confrontación crítica de los intelectuales

La escala jerárquica de la incidencia de estos cinco focos de conformación de la conciencia social varía a través de los diversos procesos históricos específicos, y sólo puede detectarse *a posteriori*, pero los cinco se encuentran siempre presentes. De este modo es comprensible que al entrecruzarse sus diversos mensajes de los modos más diversos (complementariamente, conflictivamente, en medio de la integración, de la supeditación o de la manipulación, etc.) se van haciendo posible las mas diversas configuraciones de la conciencia social, a la vez que también se abre el espacio de las contradicciones, de la incoherencia y de la irracionalidad, o sea de las disonancias de toda índole, también ellas habituales moradoras del ámbito de la conciencia colectiva. Y esto, a diferencia del espacio de las teorías, de las doctrinas ideológicas, las redes de conocimiento y los proyectos de toda índole (sociales, nacionales, culturales, etc.) que se ven caracterizadas por su pretensión de una coherencia lógica absoluta y se encuentran definidos y formulados conceptual y terminológicamente acorde con la misma. Y agreguemos aún que el espacio de la conciencia colectiva se encuentra atravesado por la espiral hermenéutica de la ubicación, significación e identificación del «otro» y de la autoidentificación de uno mismo en un único acto de ejecutividad identitaria, siempre dando otra vuelta de tuerca en su incesante recorrido existencial

En el mundo mítico de los aztecas el factor tradicional fue de importancia decisiva en su cosmovisión y en el mismo sentido de su existencia. En muchos sentidos el pasado lo era todo, en medio de un tiempo cíclico que volvía sobre sí mismo. Se trataba del quinto sol. Perseguidos por el destino implacable de los cuatro soles que habían sucumbido previamente, eran un pueblo de guerreros destinado al

combate, para salvar, por medio del sacrificio de sus prisioneros, la existencia del mundo y su misma existencia. Pero también lo político se hizo presente, muy claramente con las reformas de Itzcáetl y Tla-caélel y su muy pragmática instrumentación de lo mítico en función de un muy definido programa político imperial, traducéndose todo ello al nivel de la conciencia popular; una traducción que se hizo posible gracias a la concertada y orientada acción de los sacerdotes, los artistas, los maestros y los oficiales militares. Y en los rituales, en las normas y en los cauces propios de la vida cotidiana, de la educación, los casamientos, bautizos, entierros y festividades, se iba conformando y reproduciendo constantemente su mundo cognitivo, conceptual, axiológico, emotivo y terminológico-simbólico. Un mundo que tenía su razón de ser y su forma de ser en sus orígenes míticos, en su destino mítico y en su mítica misión imperial. Un mundo personificado simbólicamente en la figura del *huey tlatoani*, el emperador Moctezuma II al llegar los españoles, en el que se daba la conjunción y la personificación del poder absoluto, la tradición religiosa y la verdad única. Un imperio cuyos fundamentos económicos engranaban a la perfección con su mito-épica militar; pero que no pudo haber sido construido sin un espíritu práctico que haya ido permitiendo la invención de los medios más eficaces para mantener y ampliar constantemente su poder sobre territorios cada vez más extensos. Ya lo veremos, con las necesarias precisiones y matizaciones.

En lo que se refiere a los españoles, en cambio, nos toparemos con una conciencia fundamentalmente pragmática, que se fue conformando, en los años de su experiencia caribeña, a partir de la praxis colonial de la vida cotidiana, a partir de su confrontación con una realidad completamente nueva y desconocida ante la cual debieron ir improvisando, descubriendo e inventando por sí mismos, alejados de la España allende el mar, alejados por el espacio y el tiempo del poder real y eclesiástico. Fueron inventando, por así decirlo, desde abajo, desde los caminos que iban descubriendo paulatinamente, y no desde las alturas míticas y políticas desde que descendían las verdades primeras y últimas por igual. Se trataba de la conformación de una conciencia pragmática que buscaba, experimentaba e iba encontrando, en la experiencia cotidiana, las fórmulas operativas más adecuadas y efectivas para el logro de sus objetivos; que agregaban las unas a las otras para ir construyendo, por sí mismos, sus propias verdades, su

propio mundo (colonial), su «otro» y su sí mismo, cada uno de ellos a través del otro, sus propias categorías culturales, su propia ideología de la dominación.

Los unos deductivamente, para expresarlo de forma algo esquemática, a partir de la narrativa mítica, desde la que se desplegaba no sólo el pasado sino también el presente y el futuro por igual; los otros inductivamente, a partir de la acumulación de sus experiencias caribeñas, desde la praxis de la conquista y la colonial que les permitía ir conformando por sí mismos su derrotero histórico. Aunque, como ya hemos apuntado previamente, en ambos se daban tanto lo pragmático como lo mítico, sólo que prevalecía lo uno o lo otro en cada uno de ellos. Y es que la dimensión mitológica es esencial a todo proyecto imperial y a todo imperialismo, en tanto el pragmatismo radical y despiadado es inherente a su *modus operandi*. Los españoles, por cierto, no tuvieron inconveniente alguno en hacer gala de su radical pragmatismo a la vez que fortalecían su fe en la divina Providencia, que les aseguraba la victoria final, y que por momentos se expresaba muy concretamente en la visión del legendario Santiago cabalgando sobre su caballo blanco y decidiendo la suerte de los combates, tal cual lo relatarían algunos de los soldados. Imperialismo, mito y pragmatismo.¹

En fin, no desplegaremos aquí todo el abanico teórico subyacente en este libro. Sea suficiente con estas contadas palabras, a partir de las cuales el lector ya podrá detectar buena parte del resto a partir de la lectura de esta epopeya histórica. Y es que, a pesar de privilegiar en nuestro análisis esta dimensión de la conciencia social, la heterogeneidad y la complejidad del fenómeno hacen que la narrativa histórica sea ineludible.

Mi agradecimiento a la Dra. Rosalie Sitman por su lectura del texto y sus sabias observaciones.

Mi agradecimiento, asimismo, al Sr. Simón Bernal por su trabajo en el proceso de edición de este libro.

1. Utilizamos el término imperialismo para referirnos a la praxis imperial y a la expansión imperial, y no en su relevancia teórica marxista-leninista o de otra índole.